

EL PREGONERO DE DESRET



Año 6, número 3, julio - septiembre de 2023



La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas santo de los últimos días. Agradecemos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.

NUESTRA PORTADA
«Lucy la valiente regresa a Narnia», Indira Deviagge, 2023, acuarela.



EN ESTE NÚMERO

<u>Editorial</u>	3
<u>Entrevista</u>	
<u>Alejandro Seta</u>	5
<u>Obras literarias</u>	
<u>El espejo y los héroes</u>	13
<u>El sendero de piedras</u>	22
<u>Poema apocalíptico</u>	24
<u>Las computadoras</u>	26
<u>Reconstruyendo</u>	
<u>parcialmente a Octava Barcia</u>	27
<u>A un amargado</u>	31
<u>Ciudad</u>	32
<u>Consejos</u>	33
<u>De Belfast a Narnia</u>	
<u>pasando por Salt Lake City</u>	34
<u>Propósitos de la Cofradía</u>	40
<u>Novedades</u>	42

CONSEJO EDITORIAL
Gabriel González Núñez
Mario R. Montani
Rafael Vázquez Velázquez
Elizabeth González

DISEÑO GRÁFICO
Indira Deviagge
Patricio Mansilla

MEDIOS DIGITALES
Marjory Sucle Vásquez



EDITORIAL

En cierta ocasión, el escritor y periodista mexicano Juan Villoro contó una de las experiencias más significativas que tuvo como lector y admirador del gran Juan Rulfo. Fue al inicio de los años ochenta, mientras vivía en Berlín, que Villoro asistió a una lectura en la que se encontraban presentes el autor de *Pedro Páramo* y el escritor alemán Günter Grass. Sucedió que antes de dar inicio a su lectura, Grass se percató que no traía consigo sus anteojos, a lo que Rulfo

reaccionó ofreciéndole tomar los suyos; afortunadamente para todos los presentes, la graduación de ambos colegas era compatible. Así fue que al colocarse los lentes y comenzar a leer, Günter Grass agregó la siguiente frase: «Al fin voy a poder leer con los ojos de Juan Rulfo».

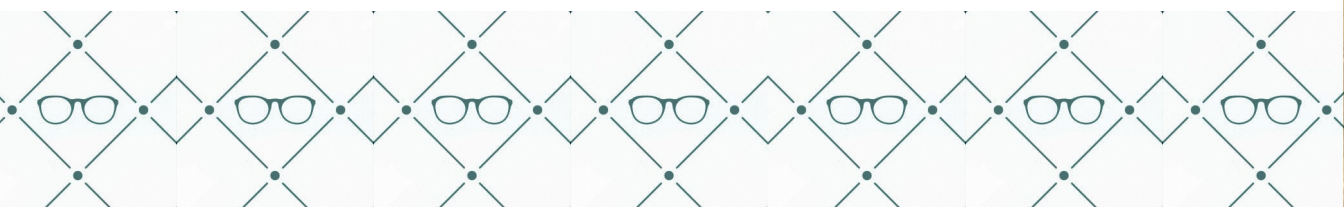
Esta anécdota, más allá de ser icónica por el contexto en el que ocurrió, resulta idónea para ejemplificar el papel que juega la literatura en nuestras vidas. A través de este arte, compuesto por la es-

critura y la lectura, solemos ponernos los ojos de otros para ver el mundo desde sus cosmovisiones. Cuando nos adentramos a la literatura y tomamos prestada la mirada de Borges, Kafka, Faulkner o Rulfo, por solo mencionar algunos autores, podemos aumentar o reducir la graduación de nuestros propios anteojos de vida. Incluso, podríamos decir que, cuando padecemos de ese tipo de miopía o astigmatismo que nos impide ver con claridad el sinfín de realidades y universos con los que nos relacionamos cotidianamente, la literatura se vuelve el antídoto perfecto para mirarlos con mayor nitidez.

Pensar en la literatura religiosa (incluyendo las sagradas escrituras) como los ojos de Dios, podría transformar nuestra manera de concebir conceptos como la religión, la espiritualidad, la Trinidad e incluso, seguro aclararía nuestra concepción de Dios mismo. Aceptar retirarnos nuestros anteojos humanos para dar una lectura, desde la visión de nuestro Creador, a este tipo de textos que para muchos resultan complejos de entender y aceptar, nos facilitará la comprensión de las muchas alegrías e infortunios que abarca esta eternidad en la que estamos existiendo.

Ahora bien, si resulta interesante que mediante la lectura de libros podamos emplear los ojos de otros para ver de una manera distinta a como regularmente observamos las cosas, cuánto más no lo será que, a través de la escritura, seamos nosotros quienes prestemos nuestras propias lumbreras para iluminar una vista cansada, enferma o confundida. Sin duda, la escritura de las historias que se esconden en nuestras mentes o de las ideas que no nos atrevemos a verbalizar porque la pluma las plasma mejor en el papel, puede convertirse en los ojos de aquellos que han olvidado en casa sus anteojos y necesitan reiniciar con urgencia sus lecturas de vida. En este sentido, podríamos decir, que la escritura se convierte no solo en un acto artístico, sino también humanitario, al que debemos responder, más tarde que temprano, todos aquellos que hemos recibido el sutil llamado de las letras.

En este número del *Pregonero* deseamos que todos encontremos varios pares de ojos que nos amplíen la perspectiva de lo que es la literatura, no solo como una labor indispensable dentro del arte, sino también, como un modelo de vida del que vale la pena sostenerse e impulsarse día con día. ■



ENTREVISTA

A photograph of Alejandro Seta and a woman standing in front of a large, modern building with a prominent spire. The building has a light-colored facade and a dark roof. The spire is tall and slender, with a small archway near the top. The woman is wearing a blue jacket and a black top, and is holding a black bag. Alejandro Seta is wearing a dark suit and a light-colored tie. They are both smiling and looking towards the camera. The sky is a clear, pale blue.

Alejandro Seta

ENTRE LETRAS Y TELONES

Alejandro Seta nació en septiembre de 1956 en el barrio de Caballito, Buenos Aires. Un teatro de Necochea, donde su padre fue el director, fue su primera escuela literaria. Entonces decidió ser escritor. Actualmente vive en la ciudad de Alejandro Korn, provincia de Buenos Aires, desde hace 30 años, donde desarrolla su llamamiento de Director Regional de Comunicación para la Iglesia. Además es docente y titiritero. Hizo periodismo en revistas y suplementos culturales, publicó libros de poesía y cuentos y una novela breve para niños: *Un océano en las orejas*. Durante el año 2020 escribió la novela *De algo hay que morir*, cuyo origen de escritura es la convicción de que la peor de todas las pandemias es la de la frialdad de los corazones. Puede verse su trabajo literario en el blog alejandroseta.com

Pregonero: *Alejandro, es un placer tenerte con nosotros ¿Qué podrías contarnos de tu infancia en Necochea?*

Alejandro Seta: Fue una etapa fundadora de mi vida, a partir de los doce años, cuando por la tarea de mi padre, que es director de teatro, fue convocado por el municipio de esa ciudad para crear un elenco teatral. No sólo hizo eso, junto a un grupo de entusiastas jóvenes actores y actrices, sino también fueron los fundadores del Teatro Municipal, que aún funciona. Fue en el año 1969. Un hermoso teatro donde se realizaron (no miento) cientos de representaciones en esos cuatro años que vivimos allí. Lo que fue fundador, como dije, fue fortalecer mi relación con ese maravilloso ser que es Natale, mi padre. Actualmente él tiene 96 años, y por su condición física no puede dirigir, pero en su mente siem-

pre está pensando en el escenario y los «fantasmas» de la dramaturgia. En esa adolescencia creciente, lo acompañaba siempre a los ensayos y a cada una de las representaciones de las obras, tanto en los estrenos como en las repeticiones. El público iba y muchas veces se llenaba la sala de doscientas butacas. A mi papá, Natale, lo vi crear las obras desde clavar el primer clavo de una escenografía, dirigir las actuaciones, enseñar sobre cómo incorporar a un personaje al ser del actor, y dar su vida, prácticamente, por su arte. Una de las cosas que es imborrable, antes de comenzar a ensayar, son las lecturas de cada guion teatral, con un libreto cada uno de sus alumnos y leyendo cada cual su personaje asignado. Allí me enamoré de la literatura, y me dije: «¡Cómo me gustaría un día escribir alguna vez algo que me emocione como lo que estoy escuchando!». A los veintiún



Escena de *La zapatera prodigiosa*, de García Iorca.

años estudié Literatura y me dediqué a la docencia y a escribir.

La conexión con la naturaleza (el mar, el río, el bosque de pinos, la naturaleza en toda su hermosura, fuera en verano o en invierno con sus fortísimos vientos y tempestades) me hizo conectarme con la deidad. Parado en invierno frente al mar, en la soledad más absoluta, podía sentir ese llamado del Padre en mi corazón: «Sos un ser importante para mí. Te amo».

P: *Has tenido una larga relación con el mundo de los títeres. ¿Cómo surgió eso?*

AS: Antes de mudarme a Necochea ya íbamos cada verano a los Festivales de Espectáculos para Niños que se realizaba en enero. Una fiesta increíble para los pe-

queños. Allí vi actuar a Javier Villafañe; titiritero que difundió el arte del teatro de muñecos por todo el país. Así como a los mimos Roberto Escobar e Igón Lerchundi. O al dúo compuesto por Leda Valladares y María Elena Walsh. No olvidaré jamás la actuación de Villafañe, yo tendría nueve años, pero no me olvidó una escena en la que el diablo se llevaba a una muchacha mientras ella gritaba en sus brazos. Podía creer que eso era verdad. Sin embargo, cuando ya era más grande, me daba vergüenza actuar. Entonces la escritura era mi refugio, mi lugar de estar a solas con mi alma. Pero un día conocí a Cristina Ledesma, esa maravillosa muchacha que es mi compañera por siempre, y la conocí hablando de títeres, porque ella llevaba una bolsa con cabezas de muñecos. Es una titiritera excepcional, y cuando nos casamos, yo no hice más que acompañarla en las funciones que inventamos para brindar al público. Somos titiriteros sedentarios, porque elegimos criar a nuestros seis hijos en casa. Entonces actuamos en escuelas y teatros de la zona. Tenemos en nuestro domicilio el Teatro del Sauce, un lugar donde los vecinos y amigos vienen a verlos a ellos, a los personajes.

P: *Además has incursionado en el periodismo cultural, ¿verdad?*

AS: El poeta Juan Gelman, que también era periodista, ha dicho que el periodismo es otro género literario. Y yo, que



Hijos y nietos de Alejandro y Cristina.

(atrevidamente) no creo en los géneros, coincido con él desde el aspecto de que una crónica, por ejemplo, se ha transformado en una obra de arte de la mano de Roberto Arlt; o un reportaje llevado a cabo por Mona Moncalvillo, como los que hacía en la revista *Humor*. Entonces, el periodismo me ha interesado desde ese lugar: el de descubrir la hermosura del conocimiento y del arte en la boca de un creador cuando se lo respeta y se le da el tiempo y los silencios para que se sienta cómodo y pueda decir aquello que siempre quiso decir o tal vez nunca pensó que iba a decirlo.

No sé si lo he o hemos logrado, (digo «hemos» porque algunos reportajes los hicimos con Cristina), pero disfruté de

realizarlo y de tener la libertad de proponer los temas, especialmente cuando colaboré con el suplemento cultural del diario *Tiempo Argentino*. Era una excusa para aprender de aquellos que me abrían una puerta a un lugar desconocido para mí.

P: *¿Qué podrías rescatar de tu etapa como docente?*

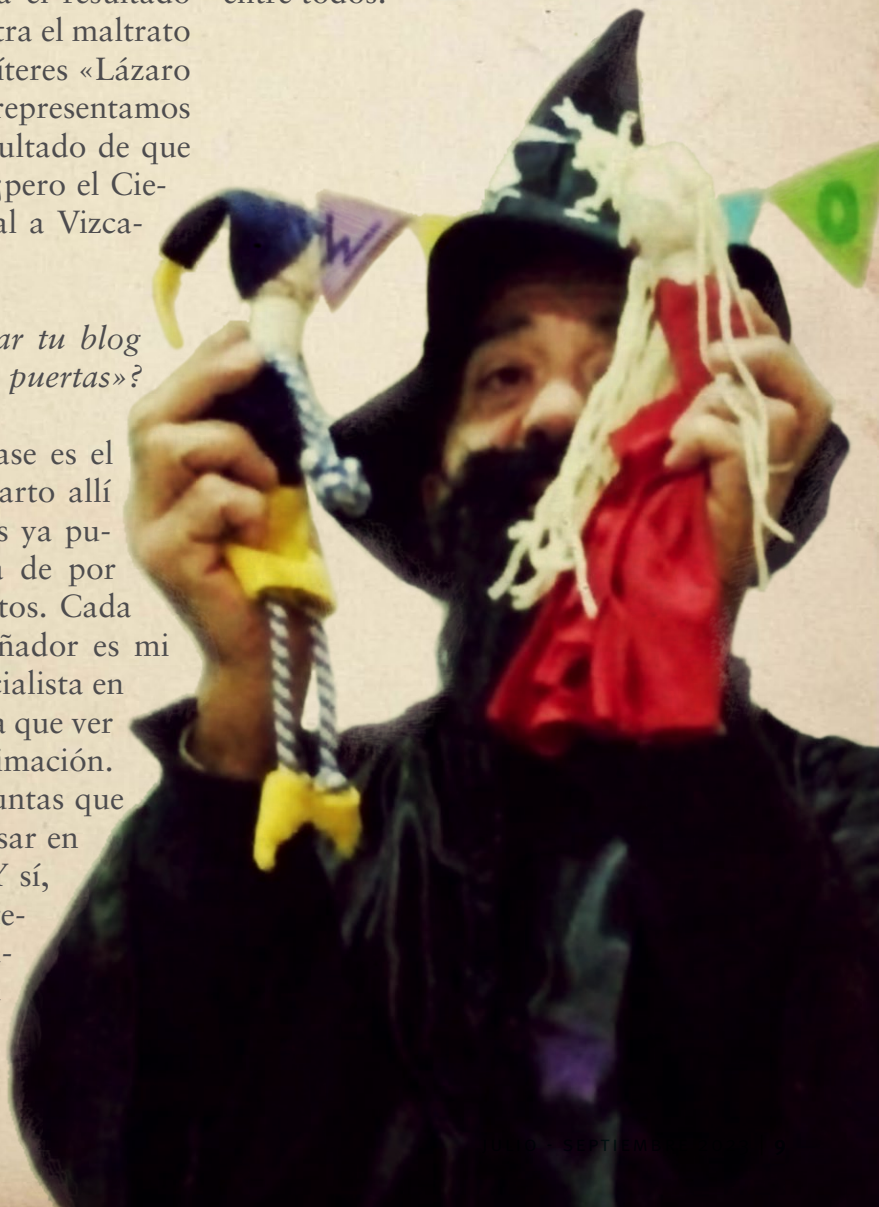
AS: La enseñanza no existe sin aprendizaje. Tenía serios problemas de conducta con mis alumnos adolescentes, pero ese «desorden» (que algunos lo tomaban como «falta de manejo de grupo») derivaba muchas veces en espacios donde ellos podían expresarse y volver a

momentos de silencios donde aparecía lo realmente importante, a veces en la escritura de un texto que decían lo que no podían decir, o en un diálogo en el que podíamos compartir experiencias. Mi cuento «Los crímenes de Poe», por ejemplo, es un derivado de aquellas conversaciones, donde el orangután (otra vez las comillas) «asesino» era el resultado de un ser que se rebela contra el maltrato humano. O en la obra de títeres «Lázaro del Río de la Plata» (que representamos hasta hoy en día) es el resultado de que un chico me dijo: «Profe, ¡pero el Ciego de El lazarillo... es igual a Vizcachá!».

P: *¿Cómo es administrar tu blog «La escritura es un ser con puertas»?*

AS: En realidad, esa frase es el lema del sitio web. Comparto allí reportajes, notas culturales ya publicadas, opiniones acerca de por qué escribir, y varios cuentos. Cada tanto agrego algo, el diseñador es mi hijo Galileo, quien es especialista en páginas web y cuanto tenga que ver con la edición online y animación. Y esa frase surgió de preguntas que él me hizo para poder pensar en cómo iba a ser el diseño. Y sí, creo firmemente que la literatura se basa en la literatura anterior y fundamenta la del futuro. Un libro se sostiene en otros libros, y

se intenta que el nuevo sustente a otros, eso lo decide el tiempo. Por eso es un ser con puertas, con varias puertas vaivén. Entran y salen por ellas seres e historias ya contadas, pero de otra manera. Son seres destinados a volver a salir y a entrar de ellas como actores y actrices de una obra teatral que estamos escribiendo entre todos.



P: *¿De dónde surgen mayormente las ideas para tus historias?*

AS: Muchas veces de los sueños. Hay sueños que todavía no los entiendo, pero que, estéticamente, me han parecido hermosos. O aterradoramente hermosos. Entonces me esfuerzo por recordarlos, de no olvidarme, sobre todo, del clima que viví en ese sueño. Climas apocalípticos muchas veces.

Otras veces, escribo porque una palabra me despertó un mundo, como cuando pensé en los patios y en el cuento de Cortázar, «Continuidad de los Parques», y cambié parques por patios. Continuidad de los patios; ¿cómo sería un cuento con ese título? Me remitió a mi infancia, al patio como alma de los juegos de la niñez.

Hubo una época en que un grupo de amigos escribíamos en un blog a partir de una palabra. Una vez por mes, cada cual su texto. Se llamaba «El banfileño clandestino» y estábamos allí Sergio Mercurio, Sylvia Bonfiglio, Mauricio Decker (de Brasil), Juanma Ons (de Galicia), Alejandro Molina (Bolivia) y otros. Esas escrituras eran de mucho aprendizaje de unos para otros, y nos exigía una regularidad que nos ayudó a crecer.

Las escrituras sagradas son motivo de mucha reflexión para mí y generadoras de escenas que me llevan a otras que se conectan con ellas. Como un ser con puertas.

P: *Es obvio que te sientes cómodo con el formato cuento, pero entendemos que escribiste una novela. ¿Podrías decirnos algo sobre ella?*

AS: La escribí durante la pandemia, cuando los economistas mundiales empezaron a decir que las personas mayores eran un grave problema para la economía global. Enseguida empezó el covid. Y yo ya había empezado a escribirla. Mi amigo Sergio Mercurio me había persuadido a escribir al mismo tiempo sendas novelas, e ir tutorando, semana a semana, la novela del otro, comentándola y criticándola. De pronto Sergio me dice que la realidad era mi ficción. Creí morir. Pero luego, él me da la solución: somos escritores, no somos periodistas. Y es así, la escritura no es para refrendar una realidad equis, sino para que la ficción nos emocione y nos haga pensar en algo mejor que la realidad. Lógicamente que hay literatura para la muerte, pero yo apuesto a la literatura para la vida. La novela, finalmente se llamó «de algo hay que morir» (así, con minúsculas) y es un título irónico. Los fariseos de nuestro tiempo nos venden la muerte violenta como algo que tiene que pasar, y creo que ni ellos mismos lo creen. Pero ese es su negocio. Por eso «de algo hay que morir» es una frase que está en el inconsciente social y ni siquiera sabemos el alcance que puede tener. Amo a esos personajes, soñé con ellos, uno (especialmente) nació porque lo soñé y nunca pensé que iba a aparecer

en la historia, y finalmente toma una relevancia en la trama que a mí mismo me asombró.

P: *Según tu visión, ¿es posible establecer un nexo entre el mundo de lo espiritual y la literatura?*

AS: ¡Debe tenerlo! La historia de la literatura es una larga reflexión espiritual. ¡Y no cabe otra posibilidad! Puedo dar dos casos: *Martín Fierro*. En esta inclasificable obra de José Hernández, el gaucho es un hombre que sufre. Y por lo tanto puede suceder en el desierto de Siberia como en un departamento de un rascacielos de un barrio de Nueva York. Es el hombre, el ser humano, que sufre

una injusticia. Al comienzo del libro *Fierro* es uno y al terminar es otro, totalmente diferente. Es el periplo del arrepentimiento, el hombre es mejor al final, le da consejos sabios a los hijos, él, que había asesinado a dos personas. Nos habla de que cualquier persona puede cambiar, redimirse y volver a Dios. En *Crimen y castigo* de Dostoievski, lo mismo. El joven asesino de dos ancianas termina arrepentido y redimido por el amor de su novia y por el amor de Dios. En la cárcel. Mirando cada día por la ventana del calabozo, cómo su novia esperaba que él mirara, cada día, a la misma hora, durante años. El periplo de la fidelidad, de la consagración a una persona. ¿Obras de crítica social, de rebelión al orden establecido? No: obras que ahondan en el alma humana, hijas de Padre y Madre celestiales que los están esperando. Y podría nombrar otras grandes obras que cuentan lo mismo. Pero con estas dos bastan.

P: *Algún consejo para los jóvenes escritores...*

AS: Son puntos aprendidos por los errores que cometí y del maestro Ernesto Sábato, a quien no conocí personalmente, pero que tenía la deferencia de contestarme inmediatamente las cartas que cada tanto me animaba a escribirle.

También podría decirse que son el fruto de haberme equivocado y, al fin, perdonado.



Alejandro y Cristina en una actividad de la Iglesia.

a No escribas por la fama, para un grupo, o porque queda bien. Escribí para ganar ese instante en que sos feliz y libre de estar escribiendo.

b No escribas para que resuene tu nombre. Tu nombre es solo un sonido. Muy por detrás de él, hay un ser cuya esencia necesita ser expresada.

c No creas que el que escribe mucho es mejor. José Hernández escribió un solo libro y lo hizo eterno. Nunca morirá, y cuando el planeta termine este ciclo, estará en la biblioteca de los cielos.

d No creas que ganar un premio te hace mejor. Esa es una condecoración pasajera y no hace feliz a nadie. La felicidad pasa por el haber cultivado una familia y un par de buenos amigos.

e Lo único que vale es que tu obra haya sido sincera y que haya tenido un lector al que lo ayudó a vivir.

f Recordá que el escribir es una fortuna que te ha sido dada, no es algo de lo que enorgullecerse, sino un don que debés compartirlo como a un alimento que saciará hambres. No se tira a las multitudes, el leer se deleita en soledad. Hubo escritores que han sido fusilados por escribir, y otros que murieron de frío, escribiendo. Cuando te asalte el orgullo, no los olvides.

g A la guerra la hacen los mayores, pero en el frente de batalla solo mueren los más jóvenes. Con la literatura pasa lo mismo: nunca escribas para otro fin que no sea la emoción del arte, porque hay muchos que quieren que pierdas el tiempo escribiendo para... otra cosa.

h Escribe, no más. Escribe, solamente. Y buscá tu voz. Lo demás, como dice el Evangelio de Jesucristo, «vendrá por añadidura». ■

EL ESPEJO

Y LOS HÉROES

ALEJANDRO SETA

a Isabel y Natale, mis padres

«FUNCIÓN ETERNA DEL TEATRO
DONDE EJERZO EL PROTAGONISMO DE LOS HÉROES,
DE LOS TURBIOS MENSAJES DE LOS MUERTOS
DE LA BRUJA INTERIOR DE LAS CAVERNAS.»

Escrito anónimo encontrado en una pared de
un teatro que estaba por ser derrumbado

Buenos Aires – abril de 1978



Todo lo que soy, todo lo que no fui, y aún todo lo que podría ser, se lo debo al teatro.

No. No es una exageración. Peor: todo lo que creo, toda la algoritmia de mis creencias y mis silencios (que son muchos) son paridos por ese rayo deslumbrante de la oscuridad de una sala vacía, cuando todos se han ido y uno es el que apaga la última luz y cierra la puerta.

Y el olor. El olor de los teatros es lo que más se parece al paso a un mundo que está allí pero que no vemos. Hay un momento en que uno se detiene para oler por última vez ese tufillo maravilloso reconocible en todos los teatros. En todos los que estuve, siempre sentí el mismo olor.

Nunca supe qué era.

Creo que en los teatros donde se ejerce el teatro, hay personajes que se despiertan cuando se apaga la última luz. Pero es en ese momento en que uno no quiere quedarse más: alcanza con ese lapso diminuto; luego, la sensación de que no será bueno quedarse, lo empuja, a quien ose indagar más, hacia la calle. Y uno, entonces (mejor si entonces llueve) sale:

ningún retiro espiritual, ninguna meditación o hallazgo de mandala han hecho de mí lo que soy como esos instantes. No es que sea gran cosa: soy un actor desconocido que gana su pan desconocidamente. Se ríen de mí cuando digo que soy un actor. Es que lo soy. En este mundo barato, lo caro compra su etiqueta.

—A ver, Gusti, mové esa escalera... —entonces el mundo se movía. El Dire cambiaba de perspectiva y el mundo cambiaba— Ahí va, ahí va...

Cuando el Dire decía «ahí va, ahí va» era que algo diferente estaba por suceder. Los personajes ahora iban a subir al escenario por la escalerilla e iban a decir las cosas en esa otra perspectiva que le había dado el movimiento de la escalera.

Yo soy Gusti y tenía entonces diez años. ¿Entienden por qué digo que al teatro se lo debo todo? Cuando subió el personaje de Pirandello (lo vi a Lito Martínez que era relojero del pueblo pero ahora era El Padre) y decía lo que tenía que decir y se movía, era lo que tenía que ser, las palabras resonaban de otra manera, como si el pintor imaginario que pintaba la escena hubiera movido esa línea para quedar satisfecho y todo su mensaje

cambiara. El mundo había rotado sobre su eje. La vida había cambiado; al menos, la vida que habita en el escenario.

—¿Escuchaste eso?

—Debe ser una rata.

—No. Son los personajes del teatro.

—Los personajes no existen, y los fantasmas...

—No. No son fantasmas. Son los personajes reales creados por la fantasía de esos locos. Son tan reales como vos o yo. Lo que pasa es que, como nunca nacieron, no le temen a la muerte. Podrá morir el Dire, vos, yo, hasta el último electricista de teatro, pero ellos seguirán vivos.

—Mejor apaguemos la luz y salgamos.

—A ver, Gusti. Ahora vos.

Nunca me había dado un papel. De repente, esa noche, en el teatro hecho por nuestras propias manos, él, el único héroe que existe en mi vida, me daba un papel. Era como si un general que está por decidir el destino de su país, le indicara a uno de sus soldados un movimiento estratégico.

—Fijate bien lo que dice Pirandello.

Su dedo ancho (su dedo igual a los míos) señalaba una acotación del autor. Decía: No habla. ¡Cómo no haber amado a ese personaje que no hablaba pero que se desangraba por dentro, como yo! Porque yo aprendí a hablar. Pero es verdad que no hablaba. Me parecía que hasta me había olvidado de mi voz. Mi voz

era un arpegio desconocido. Un sonido oculto. Una leyenda. Ahora (ahora que escribo esto) todos conocen mi voz. Pero pasaron cincuenta años y los sobreviví a todos.

Mejor dicho: todos ellos son mis héroes. Néstor, el tramoyista que luego se hizo actor; Carlitos, Tatiana, Johansson, Gallo, Beatriz, Ana María, Amelia, Irene, Aurora... ellos son mis héroes. Un año antes todo había empezado en el galpón. Era un gran galpón con piso de tierra y techo de chapas armadas como tinglado. En un pueblo ubicado al lado del mar el frío es más frío y el viento se cuela por cada agujero por donde pasa un clavo. Estábamos ensayando. El Dire siempre quería que yo fuera: le alcanzaba los guiones, le hacía anotaciones, el lápiz. Una gran estufa a kerosene calentaba el aire y todos nos habíamos sentado alrededor. De repente alguien dijo las palabras mágicas (no recuerdo quién fue ¿fue Gallo?):

— ¿Y si hacemos un teatro?

Todos se miraron. Miraron alrededor. Alguien dijo: «Acá los camarines subterráneos, y el escenario. Le hacemos un declive». El Dire empezó a soñar: «Sí, sí, sí», decía. Al otro día (al otro día) todos estábamos con palas y picos construyendo lo inconstruible. Cuando el Intendente Díaz (un hombre simple y bondadoso, un político de una genética de la que ya no queda) se enteró, hizo aprobar el proyecto para que se construyera el primer Teatro Municipal de la Ciudad. El

mundo estaba salvado. Todos estábamos salvados. De la nada, todo. Esos son mis héroes ¿entienden por qué? El día del estreno del teatro, algún energúmeno había pintado sobre la pared de enfrente: «Oligarcas». El Dire dijo que lo dejáramos. Iba a ser parte de la obra. Pero si hasta butacas de madera y alfombra tenía.

En cinco años, ya habían pasado cien obras. Cien, no miento. Alguien las había contado: no se había estrenado una, cuando ya comenzaban a leer la siguiente; una parte del grupo intentaba a García Lorca, cuando otro aprendía tango para Armando Discépolo. Dragún, Prevert, Cocteau, Epelbaum, y hasta un vietnamita cuyo nombre ya no recuerdo y del cual sólo se conocía una breve obra muy bella llamada «El guardián de los pájaros» fueron los autores que traían de la mano a sus personajes y los dejaban allí. El pequeño teatro de doscientas butacas, el maravilloso y encantador teatro de mi pueblo se llenaba de público que podía percibirlo repleto de personajes creados. Y ese olor. Cada vez que podía quedarme solo en los camarines, o al salir.

Carlos Hernández, que se estaba probando el delantal del Zapatero de Lorca, fue el que se animó. Lo recuerdo con perpleja nitidez, no como a través de un espejo, sino desalentado de todo aliento, cada arruguita, cada gesto. Él dijo:

—Es el Hijo. El Hijo de la obra. Fue él. Lo juro. Lo vi anoche, mientras dormía.

Todos fijaron su mirada en Carlos. Se sentaron en ronda frente al escenario. Una luz nos daba sobre las cabezas. Los rostros eran máscaras de otros. Néstor quiso reírse:

—Estabas durmiendo...

—Estaba durmiendo y me desperté. Y estaba ahí. Me hacía gestos como si quisiera darme indicaciones. De lo que él era. Se lo veía preocupado y distante, cabizbajo, pero en un momento me miró fijo a los ojos, y aunque no me podía hablar (era como un enfermo en terapia intensiva con el tubo del respirador en la boca) su mirada me lo dijo todo.

—¿Qué te quiso decir? —preguntó Amelia que ya lo creía. Todos le creíamos entonces.

—Me quiso transmitir el dolor que siente por lo que le toca vivir. Es como si dijera: «¿Por qué?».

Johannson entonces se animó:

—Iba yo anoche caminando por la rambla. Un viento infernal. Mucho frío. Entonces, allí, parada sobre el muro, totalmente desabrigada, la Hija. Cuando la vi y ella se aseguró que la estaba mirando, me señaló el mar. Miré el mar y no entendí. Cuando volví la vista, ya había desaparecido. Era de otro mundo.

Una bruma nos envolvía, un mismo pensamiento que nadie se atrevía a expresar. Cada uno había terminado teniendo experiencias con los personajes de la obra del genovés, Luigi. Luigi Pirandello. Aunque no tuviera que ver con

el personaje que estaba ensayando. No. Sólo indicaciones muy lejanas acerca de la obra. Cómo hacer para que esa obra viviera y no sólo fuera una re-presentación, una re-puesta, una y otra vez cincelada obra en el mármol. Una vivencia, un esplendor.

—Los personajes están preocupados... —se escuchó entonces la voz del Dire que estaba entrando. Temimos que se enojara porque no estábamos trabajando en la obra de Lorca. Pero no. Estábamos indagando en un mundo del teatro en el que no se suele indagar, porque es preferible jugar al teatro, y a un montón de piedritas brillosas que suelen andar alrededor de lo dramático que poco tiene que ver con el teatro en sí. Puedo nombrar algunas: la fama, la envidia, el cartel... Eso era como la frivolidad que se produce de toda profundidad. Para no verla. Los teatros en realidad son cavernas de ese mundo invisible, y una y otra vez se conectan por túneles subterráneos, pero subterráneos a las ideas, y ellos están allí, los personajes, pidiendo: «No nos traicionen».

—No solamente los personajes están preocupados —dijo, de repente, el Dire.

—El mismo autor. En el atardecer de ayer hablé con Pirandello —uno de esos silencios llenos de música apareció bajo su voz.

—En italiano me habló.

Y nos contó lo que el autor le dijo. Fue una clase celestial de lo terrenal del teatro.

—Pero no puedo repetirlo —dijo—, porque me lo explicó sin voz. Era una clase de espíritu a espíritu. No sé cómo decirlo.

Y nos pidió, al finalizar, que jamás lo dijéramos a nadie. «A nadie», remarcó. Y cuando él decía algo así, había que cumplirlo.

Era el Dire.

Y debo decirlo de una vez: el Dire era mi padre.

Papá, visto a la distancia, fue quien me salvó. Aprendí, a través de él, desde él, lo que es la poesía sin definirla nunca. Si me dijeran que la poesía tiene un olor, yo sé cuál es. Si me preguntaran cuál es la sensación de estar descubriendo un poema de verdad, yo podría describirlo. No hubo mejor manera de aprenderla, de conocer sus vericuetos, sus trampas, sus señas y guiños: la poesía inasible fue para mí clara cuando la intuí y la encontré desde el teatro, desde todo lo que es el teatro y que mi padre hacía: desde poner un clavo hasta decir con sus palabras las palabras del personaje, para que el actor entendiera cómo debía decirlo. Era cómico: podía expresar con exactitud la variable gama de la voz de una mujer o de un hombre; un anciano, un niño o una abuela. Pero más aún: él sabía lo que era la poesía.

Un episodio lo define plenamente: fue una vez en que, sentencioso y grave, reunió a todo el elenco para decirles: «Escri-

bí un poema». Todos callaron, y se dispusieron alrededor de él para escucharlo con reverencia. El texto estaba escrito con lápiz rojo en un papel arrugado. Decía así:

«Clavos / Banco / Banco rojo / Madera de 10 / Zapatilla del zapatero / Gorra de mujer / Martillos / Tacho de luz / Lámpara / Telón al fondo».

Cuando terminó hubo un largo silencio. Se miraron y le dijeron que debía seguir escribiendo; que sí, que era un gran poema. Su risa los avergonzó. Una carcajada feroz terminó, cuando dijo: «Es la lista de la utilería».

Aquel episodio originó una larga charla acerca de la poesía. Poesía no era esa mentira a la que querían acostumbrarnos. Debía ser algo más. ¿Qué? Hacer el teatro día a día iba a ayudarnos a descubrirlo.

Pero así como tenía esos encantadores momentos de jocosidad y sabiduría, también dejaba andar sus rabetas sin miedo a destruir todo lo construido de un plumazo. Su italianidad, o quién sabe qué resabios de su infancia, lo llevaban a airarse de manera tal que llegaba a ser autodestructivo. Para luego caer en una tristeza breve pero terrible (un león encerrado en una jaula podía parecernos más accesible) y después resucitar con una actividad más vigorosa que antes. Esa característica de él fue lo que hizo que «Seis personajes en busca de un autor» no se estrenara nunca. Casi cuando

estaban a una semana del estreno, la suspendió porque dos actores se habían ido a probar a otro elenco. O no sé aún si fue por eso. O no sé si ninguno de nosotros se animó al desafío de los personajes.

A la historia la había contado muchas veces en la sobremesa en casa. Mamá lo escuchaba porque le encantaba escucharlo y todos volvíamos a ver la escena: su madre, mi abuela, lo había dejado en una escuela pupila porque no le podía dar de comer. Se encontró de repente entre un montón de chicos desconocidos y brutales, y pronto llevado a una escuela de curas exigentes pero amorosos que le dieron el primer dentífrico y cepillo de dientes, el primer ropero con ropa, una cama con sábanas, un churrasco y que, aparte, quién sabe por qué intuición de pedagogía futurista, usaban el teatro, al que amaban, como método de enseñanza. Papá fue el alumno más apegado a esa tarea minuciosa de construir cada escena, desde el clavo hasta el aplauso. Fue utilero, escenógrafo, iluminador, aprendió el oficio de la mano de esos maravillosos maestros de sotana, y jamás abandonó ninguna de las dos cosas: siempre siguió haciendo teatro; y todos (todos) los domingos iba a misa. Él mismo lo decía así: «Yo voy a morir sobre un escenario. Mi religión es el teatro».

La obra no se estrenó, entonces. Y esa fue la última vez que aquel elenco se reunió. Mejor dicho, la anteúltima vez. Lue-

go, de treinta años, el Dire organizó un encuentro: nosotros ya habíamos vuelto a Buenos Aires, y algunos habían seguido viviendo allí; los niños y los jóvenes, aún muchos adultos, ya no sabían nada de nosotros. El diario local tuvo que escribir una nota explicatoria para que se entendiera qué estábamos haciendo allí, y quiénes habíamos sido. Al encontrarnos, entre abrazos y entusiasmo, a muchos les costaba reconocer en mí a aquel niño de diez años. Y cuando los sobrevivientes nos detuvimos frente a una exposición de fotos cuyos negativos habían sido rescatados de un tacho de papeles (casi casualmente, por el mismo fotógrafo que las había sacado, como queriendo atrapar el paso por este mundo de un grupo de magos) ya casi no podíamos creer las escenas que habíamos logrado. Sí, dije de magos; porque lo que hicimos fue magia.

Después vino la diáspora.

«Sobrevivientes». Eso es lo que somos. Todos aquel día nos encontramos absortos frente a esas fotos en blanco y negro, y alguien diría: «Fue una época que jamás se volverá a repetir». Sobrevivientes, porque allí, parado, absorto, transité la culpa de seguir con vida (¿qué no había hecho yo para no morir, y por qué?):

- a Beatriz la había comido un cáncer;
- a Daniel, el alcohol y las drogas;
- a Johansson, no sé qué extraño accidente automovilístico;
- a Lito, el puñal de una mujer.

Diezmados. Quemados. Anulados. Muertos a los treinta, a los cuarenta, a lo sumo. Jóvenes, jóvenes. Una diáspora trágica y espantosa de los héroes, de mis héroes.

Y a Néstor, la más cruel de todas las muertes: la muerte del olvido.

Papá intentó elencos una y otra vez. Siempre. Hoy a los ochenta y un años sigue dirigiendo, enseñando. Armó y desarmó grupos como rompecabezas. Siempre hubo una secuela que no encajaba. Siempre falló algo en el encastre. Y algo interesante: nunca volvió a intentar, siquiera, aquella obra de Pirandello.

La diáspora es un espejo que se rompe. Antes nos mirábamos plenamente en el espejo completo; después, sólo partes. Y cada parte jamás volvería a ser el todo; cada parte añorará siempre haber sido alguna vez un espejo. La distancia del espejo con el objeto jamás asegurará poder mirarse. Y cuando la obra no se estrenó, entonces, porque el Dire se enojó con dos actores, en realidad fue porque, si fallaban, los personajes jamás les perdonarían no serles fieles. Nosotros lo sabíamos. El Padre, La Madre, La Hija, el Hijo (que no habla), El Muchacho, la Niña (que no habla), jamás nos perdonarían el desajuste de no poder entenderlos. Pero lo que es peor aún, jamás perdonarían haberlos conocido y no terminar el rito. Sin darle cauce al rito. Sin concitar

al rito mágico, una vez más, del teatro. La unión de las cavernas, de los túneles que los unen.

Esta historia va terminando y quizás alguien la lea sólo cuando todos los que participamos de aquella experiencia hayamos muerto. Tal vez todos hayamos merecido una muerte en una cama, pero Néstor no tuvo ese privilegio.

Ya se sabe, la gente va creciendo y de la historia de las ciudades sólo se cuentan la de los edificios. Como si sólo tuviéramos una memoria de museo, de cosa muerta, quieta, descascarada. Pero de aquella historia viva, cuando Néstor fue encontrado muerto en un banco de una plaza del suburbio, ya no quedaba nada. Nadie la había escrito y las maestras ya eran demasiado jóvenes como para recordárselas a sus alumnos.

Su desastre comenzó cuando lo echaron de su trabajo de iluminador del Cine. Lo cerraron y él quedó en la calle. Su madre había muerto hacía poco; la casa que alquilaban fue dada a otra familia, y así, desvalido y sin parientes, comenzó a dormir en el banco de la plaza. Los más necesitados jamás piden nada. Él tampoco. Quizás esperaba que alguien se acordara: él había sido utilero, iluminador, escenógrafo, y llegó a actor por el propio imperativo de su amor por los personajes. Hasta había sido el Claudio de «Hamlet». Pero nadie lo reconoció. Se murmuró nada más: «Está loco. Dicen que fue un actor». Muchos lo escu-

charon recitar en voz baja frases de sus obras favoritas mientras comía un sandwich sucio y desgajado. Un amanecer tan frío como en una ciudad a orillas del mar puede ser un amanecer, lo encontraron retorcido en el banco de la plaza. Retorcido y desconsiderado por todos. Indigno. Indignado, mejor dicho.

En este mundo, no suele haber una cama para que muera alguien como él.

En «Seis personajes en busca de un autor», la escena comienza con el Director dando indicaciones. El Director es papá. El Electricista (Néstor) está haciendo unos cambios de luces, y el Director le indica que mueva un poco la escalera hacia la izquierda. Mientras tanto, actores del elenco están representando otra obra. Es decir, están mostrando lo que ocurre en el teatro cuando aún no se hizo teatro.

Entran los personajes. Son seis. Entran a exigir que un autor les cuente su historia, la historia de una familia desquiciada. Entonces, a falta de actores valientes, y de un autor, ellos mismos se representan.

Recuerdo dos escenas que me subyugan. Una es cuando la Hija le dice a su hermano: «¡No hagas teatro!». ¡El personaje exigiendo que el teatro se construyera desde la realidad de la vida!

Otro es cuando el Hijo (que no habla) se suicida. Yo estaba detrás de una pata, y debía golpear dos maderitas simulando el trahumar del martillo de un revólver

y la pólvora. Se alarman. La madre va a buscarlo. Varios lo levantan (incluso algunos de los actores que todavía no «actuaron») y esa escena es la escena misma de La Piedad.

A mí nunca me habló el Hijo. Porque el Hijo era yo.

Papá hace poco me preguntó cuál fue la ciudad en la que más me gustó vivir. Entonces yo pronuncié el nombre de aquella.

—Sí, ¿no?

Ahora que le cuesta caminar, papá suele quedarse sumergido en pensamientos. Mamá murió hace diez años y la extraña. Sé que, también, extraña aquella historia que ahora les cuento.

La última escena de la obra jamás se pudo ensayar. El teatro queda a oscuras. Puedo percibir el olor que queda en todo teatro donde los personajes intentaron vivir. Y sé que esas palabras del autor son lo que él es, lo que yo soy, lo que son mis héroes, y el espejo roto.

EL PADRE: ¡Ficción no! ¡Realidad! ¡Realidad, señores! Realidad.

EL DIRECTOR: (*Que no puede más*) ¡Ficción! ¡Realidad! ¡Váyanse al diablo todos! (*El director suspira como liberado de un incubo y todos se miran a los ojos con recelo y espanto*) ¡Ah! ¡Nunca me sucedió una cosa parecida! ¡Me han hecho perder el día! (*Mira el reloj*) ¡Váyanse, váyanse! ¿Qué más quieren hacer ahora? ¡Es demasiado tarde para empezar el ensayo! ¡Hasta esta noche! (*Los Actores lo saludan y salen*) ¡Eh, electricista, apaga todo! (*El teatro queda sumido en la más lóbrega oscuridad*).

¡Eh, por Dios! ¡Por lo menos déjame encendida una lámpara para ver dónde pongo los pies!

(de la escena final de *Seis personajes en busca de un Autor*, de Luigi Pirandello).



EL SENDERO DE PIEDRAS

EVANGELINA GALVÁN

Los poetas escriben
a las cosas bellas
y yo, a mi hija enferma.

Hoy caminé con ella por
el Sendero de Piedras.
Sus manos heladas
hablan incoherencias.
Mis piernas tiemblan,
las de ella tropiezan.

El médico dice:
—se queda —y vuelvo sola;
mis lágrimas caen entre las piedras.

Hoy he vuelto al mundo
del olvido y tinieblas;
el monstruo ha salido
con todas sus fuerzas
por sus ojos.
Su cuerpo retuerce sus piernas
y yo finjo sentirme serena.

Mi hija amarrada pelea
con el monstruo de varias cabezas;
le ayudan codo a codo los doctores,
ayudantes, enfermeras.

¡Ay! ¡Cómo quisiera volverme ínfima,
pequeña, caminar por los laberintos
de su cabeza, en busca del monstruo
que la atormenta, pelear
cuerpo a cuerpo, gritarle: Fuera!

Pasan los días, los meses,
sigue la espera.
Está aniquilada,
ya no lo quedan fuerzas.

Hoy he vuelto por el Sendero de Piedras;
ella sale a encontrarme,
se tambalea y en su rostro
aún le quedan huellas.

Y yo la abrazo, y dice:
—Mamita, hoy se puede
conversar conmigo, hoy le entiendo.
¡Ganamos la pelea!—
Y el monstruo avergonzado
se duerme, se aquieta.
Voy por el Sendero
de Piedras contenta.

Hoy nos vamos de vuelta;
le saludan los que allí quedan:
¡Cúidate, no vuelvas!

Y yo miro desde la puerta,
pienso: ¿qué mundo es más cruel,
el de los cuerdos o el que deja ella?

Nos tomamos del brazo,
reímos y digo:
¿Cuántas veces más caminaremos
por el Sendero de Piedras?

Publicado originalmente en Nieves (2023). Este poema obtuvo el primer lugar en el Concurso Poético Femenino organizado por la Universidad de Valparaíso.

Poema apocalíptico

IRIA BIAÑO

Cuando la nieve se impregne con las luces del cielo
y el rocío se encienda en la majestad de los pinos,
cuando las aves detengan extáticas su vuelo,
Sion estará en el cruce de todos los caminos.

Cuando los astros anuncien la redención del hombre
y las montañas rasguen titánicas la altura
y todo se estremezca en un pavor sin nombre,
Sion deslumbrará con el brillo de su hermosura.

Los pueblos desfilarán asombrados ante sus puertas
y guardarán en sus oídos el clamor de sus cantos,
y las murallas de Sión permanecerán siempre abiertas
para que el mundo vea la proclamación de los santos.

La espada del Altísimo se adelantará en juicio
y el Libro de la Vida cumplirá sus siete momentos.
Y la faz de la tierra se convertirá en precipicio
para que las frentes caigan al azote de los vientos.

El universo admirará la obra del Amado
y los ángeles vendrán de las regiones astrales
para regocijarse con el prodigio anunciado
y glorificar al Templo con himnos celestiales.

La verdad alzará su látigo en los infiernos
y el Santo de Israel levantará a sus muertos.
Se oirá el advenimiento de los juicios eternos
que se derramarán desde los cielos abiertos.

Toda la tierra en caos será un sepulcro ardiente
y el espacio infinito se abrirá en su contacto.
Los ríos perderán su cauce y su vertiente
y el mundo entregará su nombre estupefacto.

Qué sublime ha de ser ese instante sin hora
en que Aquél que destruye será a la vez simiente.
En que el día transcurra sin noche y sin aurora
y en torno al hombre todo resulte diferente.

En que el Ser sea el motivo de su propia existencia
y el silencio se exprese con su entraña desnuda,
y cada cosa entienda la razón de su esencia,
y se aclare el enigma final de cada duda.

Cuando los ojos busquen el sol verticalmente
y las estrellas pierdan su equilibrio en la altura.
Cuando el tiempo completo se vuelque en el presente
y el espíritu encuentre su dimensión más pura.

Cuando el profeta anuncie el último llamado
y su voz estremezca todos los horizontes,
y las naciones oigan el mensaje esperado
y Sion sea una antorcha fantástica en los montes.

Publicado originalmente en El mundo y yo (1952).

Las computadoras

DOMINGO FRAGAPANE

¿Qué son las computadoras
en su aspecto general?

Un complejo en especial,
que da soluciones lógicas
y pueden ser analógicas
como también digital.

Es menester definir
estos dos grandes sistemas
y para entrarnos en tema
lo mejor es distinguir,
qué significa medir
y contar, que es el dilema.

Se mide, a mi entender,
la variación de un proceso,
en un continuo progreso
con solución al instante,
crece y decrece constante
No se interrumpe, por cierto.

Un ejemplo es menester
para aclararlo mejor:
se mide para mí, el calor,
la luz, la presión, el viento,
de la cupla, su momento,
O el flujo en un conductor.

El contar es muy distinto;
es discontinuo en esencia
y numérica la ciencia
que rige todo su andar
y la llaman digital
por, los dedos, es mi creencia.

Importante es conocer
su sistema numeral,
ya que en su forma dual
cero y uno forman varios,
y resulta que es binario
Su manera de contar.

Cuento el número de días,
las semanas y los años;
los pasos cuando avanzamos,
cada granito de arena,
eslabones en cadena
que siempre, siempre sumamos.

Con circuitos microchip
y módulo integrador,
electrónico operador
de cálculo tan complejo,
que lo deja a usted perplejo
el nuevo computador.

Conjugando estos principios
como un todo universal,
tienden a solucionar
complicadas ecuaciones
y se valen de electrones
con el hardware y el software.

C:\>_

Reconstruyendo parcialmente a

Octava Barcia

POR MARIO R. MONTANI



Esta es la historia de alguien a quien gustaba escribir. Pero es, al mismo tiempo, la historia de cómo, desde diferentes coordenadas espaciales y temporales, se fue armando el misterioso rompecabezas que representa para nosotros Octava Barcia. Algo sí sabemos: se crio, y probablemente nació, en Pergamino, Provincia de Buenos Aires. Por qué existe en la República Argentina una ciudad que lleva por nombre Pergamino es otro tema casi tan elusivo como la propia vida de nuestra escritora.

Según nos cuenta la filóloga española Irene Vallejo en su obra sobre la invención de los libros en el mundo antiguo, Ptolomeo V de Alejandría, celoso de la aparición de una biblioteca rival en la

ciudad de Pérgamo, decidió bloquear el envío de rollos de papiro, que sólo se fabricaban en Egipto, pensando de ese modo desbaratar el proyecto enemigo. Pero Eumenes II, rey de Pérgamo, salió adelante fabricando con pieles de becerros o cabras, estiradas, raspadas y tratadas con cal algo que se llamó *pergamino*, cuyo uso se extendería hasta avanzada la Edad Media en que hiciera su aparición el papel traído por los árabes quienes a su vez lo tomaron de los chinos...⁽¹⁾

Retornemos de Asia Menor a las pampas criollas. El documento más antiguo que se conoce en el que se hace mención del paraje bonaerense es de 1626, pero se cree que su existencia real data de épocas anteriores. Allí se menciona la

Dormida del Pergamino como un sitio ya conocido. Las «dormidas» eran lugares del camino, preferentemente cerca de un curso de agua, donde los viajeros podían descansar, refrescar a sus cabalgaduras y pasar la noche. Esta dormida en particular se encontraba sobre la ruta que unía Buenos Aires con Córdoba y, desde allí, conectaba con Chile o con el Alto Perú, todos puntos estratégicos en la época del Virreinato. En cuanto a la toponimia del lugar, los historiadores no se ponen de acuerdo, pero varios de ellos coinciden en la aparición de un pergamino en la costa del río que podría otorgar la posesión del lugar, un mapa de tesoros, o una serie de consejos morales, dependiendo de las diferentes versiones.

Pergamino pasó de ser una pulpería a un fuerte, luego un pueblo y, finalmente, una pujante ciudad en medio de esa rica zona agropecuaria. Ese nombre, con su carga semántica referida a los orígenes de lo textual, fue quizás el marco adecuado para producir una escritora.

El 24 de julio de 1937 se abre una rama de la Iglesia en Pergamino, y el 29 de agosto se lleva a cabo la primera reunión pública. Antes de eso, misioneros de San Nicolás o Rosario la visitaban ocasionalmente. El 13 de febrero de 1938 se producen los primeros bautismos⁽²⁾. En noviembre de 1939 se bautiza Salvador Parisi, quien se convertirá en el primer misionero en salir de la unidad, sirviendo en la zona de Bahía Blanca (en este mismo número del *Pregonero* aparece

Consejos, una poesía del propio Parisi). Octava seguramente se convirtió en algún momento de 1941, ya que en 1942 se la encuentra participando activamente con sus poesías en *El Mensajero Deseret*.

La hermana Barcia era maestra, recibida en un colegio normal y, además de sus dotes poéticas, sentía pasión por la enseñanza:

La Hna. Octava Barcia, de Pergamino, de cuando en cuando se hace un viajecito a Rosario para ayudar a los hermanos de allá dictando algunas clases de Pedagogía que ellos aprovechan muy bien. Ojalá que la Hna. Barcia tuviera un aeroplano para poder estar todas las semanas una hora en cada rama de la misión pudiendo impartir sus enseñanzas sobre el arte de enseñar que tan necesario es en nuestra Iglesia.⁽³⁾

El rápido crecimiento de la unidad obligó a formar dos ramas, Pergamino y Acevedo, en 1942 pero, con el avance de la Segunda Guerra Mundial en Europa y el Pacífico, los misioneros fueron retirados para combatir en el frente, por lo que la ciudad volvió a tener una sola rama unificada. Esto permitió el desarrollo de los líderes lugareños. En abril de 1944 se forma un comité local para mantener funcionando las organizaciones. Allí aparecen nombradas Octava Barcia y Delia Salvatore (la hermana Salvatore se convertiría en la esposa de Antonio Gianfelice, quien fuera misionero en Pergamino, y llegaría a ser el primer patriarca de Argentina)⁽⁴⁾.

Esperando su respuesta, quedo de Ud. atenta y Sa. Sa.

Octava Barcia
Octava Barcia
Spanish Instructor

¿ Puedo, sin pausas breves, apreciarle mi admiración por su obra ?

Detalle de la firma y post data de la carta de Octava Barcia dirigida a Gabriela Mistral.

Octava se muestra sumamente activa. Durante 1944 y 1945 presenta mensualmente consejos sobre Pedagogía en una sección fija del *Mensajero Deseret*. Allí la escuchamos decir:

Nuevamente; ¿qué debe estudiar el maestro? TODO. Literatura, artes, ciencia, religión, y estudiando todo esto con serenidad y sin apuros, con absoluta humildad, con amor cristiano, llegará a ser maestro, y entonces, escultor de espíritus.⁽⁵⁾

En julio de 1945 asiste a la Conferencia del Distrito Rosario⁽⁶⁾ y al mes siguiente a la del Distrito La Plata⁽⁷⁾. Pero, para septiembre algo muy importante tiene lugar:

El 16 de septiembre partió para los Estados Unidos nuestra hermana Octava Barcia, de la rama de Pergamino. Va a ocupar una cátedra de castellano en la Universidad de Utah y, al mismo tiempo, continuará un estudio superior universitario. Hemos sentido despedirnos de ella porque por mucho tiempo no podremos gozar de su asociación, pero sabemos que

esta separación es para su progreso y por eso le deseamos mucho éxito en todo lo que emprenda. La hermana Octava ha sido muy activa en la Iglesia. Puso su conocimiento al servicio de la obra del Señor... La Misión Argentina agradece su cooperación y esfuerzos y le desea muchas felicidades y que sus deseos sean cumplidos.⁽⁸⁾

Las últimas cartas de Octava a la redacción de *El Mensajero* cuentan de su paso por México y su definitivo arribo a Salt Lake, donde se encuentra aprendiendo inglés, trabajando muy feliz en su nuevo puesto, y reuniéndose con ex misioneros que conoció en Argentina.⁽⁹⁾

La siguiente noticia de nuestra escritora nos llega a través de internet. Existe una carta de Octava a la poetisa chilena Gabriela Mistral, fechada el 25 de enero de 1948 con membrete del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Utah, en la que le solicita cierta información para su tesis de la maestría en humanidades, la cual versaba sobre

«El mar y la muerte en la obra poética de Alfonsina Storni». Dicha carta, la cual tiene su firma como «instructora de español», puede consultarse digitalmente en la Biblioteca Nacional de Chile⁽¹⁰⁾.

Gracias a Ross F. Larson, en su introducción a «La Literatura Hispanoamericana en las tesis doctorales de los Estados Unidos», sabemos que esa tesis fue finalmente aprobada y publicada por la Universidad en 1949 bajo el título «Actitudes psicológicas en la poesía de Alfonsina Storni»⁽¹¹⁾.

De modo que, cuatro años después de su partida de Argentina, la hermana Barcia parece haber cumplido ambos propósitos de su viaje.

Información más reciente nos la hace llegar nuestro cofrade Gabriel González Núñez, desde la Universidad de Texas. Gabriel encuentra los datos necrológicos de Octava Barcia Hudgins, nacida el 16 de abril de 1922 y fallecida en Boise, Idaho, el 18 de diciembre de 2020. Esos datos parecen mostrar que Octava se convirtió aproximadamente a los 19 años, ya recibida de maestra, y a los 23 partía a Estados Unidos a emprender sus estudios terciarios.

Nuestras últimas investigaciones en Wikitree indican que Octava contrajo matrimonio con Robert T. Hudgins, nacido en 1920, y que ambos tuvieron un hijo en 1967, Arnold R. Hudgins.

Agradeceremos cualquier información que nos permita terminar de reconstruir su historia. ■

Referencias

(1) Irene Vallejo, *El Infinito en un Junco*, Ediciones Siruela, Bs. Aires, págs. 78-79.

(2) *El Mensajero Deseret*, Año 14 N° 1, enero 1950, pág. 18-19.

(3) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 2, febrero 1945, pág. 31.

(4) *El Mensajero Deseret*, Año 14 N° 1, enero 1950, pág. 18-19.

(5) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 1, enero 1945, pág. 28-29.

(6) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 8, agosto 1945, pág. 30.

(7) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 9, septiembre 1945, pág. 30.

(8) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 10, octubre 1945, pág. 23.

(9) *El Mensajero Deseret*, Año 9 N° 12, diciembre 1945, pág. 31.

(10) <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-141646.html>

(11) Ross. F. Larson, *Anales de la Universidad de Chile* N° 133 (1965).

A UN AMARGADO

OCTAVA BARCIA

Llegué hasta tu amargor
y vi el abismo de un alma dolorida.
Me llegué hasta tu espíritu angustiado,
me acerqué hasta tu vida
y la encontré vacía de ilusiones,
huérfana de alegría.

Me acerqué a tu dolor
y en el oscuro callejón sin salida
de tu vida sin paz y sin alivio,
mordida por la envidia,
encontré la ansiedad de los que sufren
y pasan por la vida
sin saber que en el mundo existe toda
la dicha apetecida
y que, serena, espera la busquemos
en valiente porfía.

Tu dolor me mordió con sus mil garras...
Esa herida está abierta todavía
y, en el goce feliz de mi esperanza
—motivo de mi dicha—
recuerdo tu ansiedad y tu miseria,
tu tozudez, tu odio o tu avaricia,
y lloro al comprender que pierdes toda
la dicha de esta vida
al desechar tus ojos la evidencia
del placer, la esperanza, las virtudes...
y tu alma, la caricia
y ese Dios que nos ama bendiciéndonos
y que, al darnos su amor,
nos da la vida!

Publicado originalmente en El Mensajero Deseret, noviembre 1943, pág. 22.

Ciudad

OCTAVA BARCIA

Vicio a las puertas de la ciudad
que espera dar el zarpazo a los desprevenidos.

Ojos insomnes
acechan
callados.

Hasta el aire contaminado, traiciona.

La tentación se sugiere a sí misma
en la aventura del momento.

Tentáculos potentes
que aprisionan con fuerza
y dañan sin remedio.

Caras y almas
pasan confundidas en una sola característica:

Metrópoli.

Publicado originalmente en El Mensajero Deseret de septiembre 1945, pág. 13.

Otro poema de Octava Barcia («Poesía nueva») apareció previamente en el número 5.2 del *Pregonero de Deseret*

CONSEJOS

E. SALVADOR PARISI

Que jamás ningún vicio te domine
porque, ay de ti, serás frágil esquiife
en proceloso mar, a la deriva.

No maldigas la espina que te hiere
porque Dios dese el cielo te contempla,
y a los seres blasfemos no los quiere.

Tu casa templo de virtudes guarde,
contra las iras viles del cobarde
pon la coraza del vivir sublime.

Llevarás siempre asida como emblema
al alma tuya la humildad profunda
que es tesoro de bien y de hidalguía.

Practica la virtud y no te aferres
a los estultos placeres de este mundo
que son el resultado de dolores.

Ama siempre si quieres que tu alma
viva presa de sueños seductores
y de amor espiritual se inunde.

Acostumbra tu mente meditando
a buscar las verdades de la gloria,
a llevarse febril tu pensamiento.

A desechar la pérfida ignominia
de los que quieren detener tu paso;
a distinguir a la persona justa.

Nunca ya miedo la verdad te infunda
y cuando la halles en cualquier espacio
id hacia ella que su luz fecunda...

*También agregamos esta poesía de su coterráneo y amigo E. Salvador Parisi,
aparecida en El Mensajero Deseret de noviembre 1943, pág. 22.*

DE BELFAST A NARNIA PASANDO POR SALT LAKE CITY

UNA LECTURA MORMONA DE C. S. LEWIS

POR MARIO R. MONTANI

El 22 de noviembre de 1963 era asesinado el Presidente John F. Kennedy. El mismo día, en Oxford, dejaba este mundo C. S. Lewis, renombrado escritor, catedrático y apologista cristiano. Es posible que la simultaneidad de ambas muertes haya eclipsado esta última. Pero la figura de Lewis no ha parado de crecer y sus escritos adquieren una vigencia inusitada con el paso de los años.

Clive Staples Lewis nació en Belfast, Irlanda del Norte, el 29 de noviembre de 1898. Fueron sus padres Albert James Lewis, abogado de ascendencia galesa, y Florence Augusta Hamilton, hija de un sacerdote anglicano. Tuvo un hermano mayor, Warren. Su madre falleció de cán-



cer cuando él contaba solo nueve años.

Después de pasar por varios colegios y tutores, Clive obtuvo en 1916 una beca para estudiar en la Universidad de Oxford. Para entonces había abandonado la fe cristiana y se había convertido en un ateo interesado por la mitología.

Llamado al poco tiempo a servir en la Primera Guerra Mundial, fue dado de baja en 1918 tras ser herido en la batalla de Arrás. En 1925 fue nombrado profesor de lengua y literatura inglesa en el Magdalen College. Conoció allí a J.R.R. Tolkien, con quien fundaría el Club de los Inklings para discutir sobre filosofía y literatura.

A partir de 1929 comienza su inclinación hacia el teísmo para terminar en

1931 con la conversión al cristianismo en la Iglesia Anglicana, gracias a sus conversaciones con Tolkien y otros amigos y a las lecturas de Chesterton y el escocés George MacDonald.

Lewis escribió abundantemente tanto obras eruditas como de ficción y reflexión. No siempre es posible separarlas en géneros definidos ya que es muy común hallar perlas de profunda religiosidad en medio de sus mundos de fantasía.

Poseedor de un lenguaje exquisito, un fino sentido del humor, y un intenso conocimiento del alma humana y sus circunstancias terrenas, todas las obras de Lewis merecen ser leídas con atención y disfrute.

De los alcances de estas reflexiones

C. S. Lewis fue un literato, no un teólogo. Sin embargo, su tardía pero profunda conversión primero al teísmo y luego al cristianismo sumado a su conocimiento de las mitologías le ha permitido una visión fresca, comprensible y cargada de simbolismos sobre la divinidad. No es raro pues que los protestantes lo reclamen como suyo, los católicos como propio y los santos de los últimos días lo hayamos «mormonizado» tal vez en extremo. Nuestros trabajos de investigación han ido desde casi considerarlo «un miembro no bautizado» (W. Clayton Kimball, «The Christian Commitment: C.S. Lewis and the Defense of Doctrine», *Brigham Young University Studies* 12, 1972, págs. 185-208) hasta marcar

serias diferencias básicas con su pensamiento por el rechazo a una posible Restauración y, por tanto, a toda doctrina extra bíblica tal como la observancia de la Palabra de Sabiduría, que afectaba su apego al tradicional té inglés y a la ocasional cerveza (Evan Stephenson, «The Last Battle: C.S. Lewis and Mormonism», *Dialogue: A Journal of Mormon Thought*, Vol. 30 N° 4, 1997, págs. 43-69).

Preferiría en este trabajo apartarme de ambos extremos y valorizar el concepto de la crítica textual contemporánea en cuanto a la no prioridad del autor sobre la interpretación de sus textos. Una vez producida, la obra pertenece a la cultura y a infinitas posibilidades de interpretación que variarán de lector a lector, siendo a veces dichas lecturas excluyentes y otras complementarias unas de otras.

De modo que esta será mi lectura de C. S. Lewis. No la única posible sino la que yo puedo hacer, con mis limitaciones culturales, de creencia y de contextos. Todos están invitados a considerarla pero también a realizar la suya propia.

De los usos posibles de C. S. Lewis

Podemos copiar, citar, emular, referir, tironear, desmenuzar, reducir o ampliar a Lewis. Pero lo importante es lo que ocurre en nuestra mente y corazón cuando leemos sus obras.

Muchos de nuestros líderes y estudiosos, incluyendo a Dallin H. Oaks, Neal A. Maxwell (cuyas ideas aún extraño

en nuestras conferencias generales) y Hugh Nibley lo han citado profusamente. Como claramente lo ha demostrado Stephenson, el famoso discurso del presidente Ezra Taft Benson acerca del orgullo y sus peligros «Cuidaos del orgullo» (*Beware of Pride*, *Ensign* Mayo 1989, págs. 4-7) está basado en varias reflexiones de Lewis sobre el tema en *Mero cristianismo*:

BENSON: *La característica central del orgullo es la enemistad; enemistad hacia Dios y enemistad hacia nuestros semejantes.*

LEWIS: *Pero el orgullo siempre significa enemistad; es enemistad. No solo entre el hombre y el hombre, sino también con Dios.*

BENSON: *El orgullo es esencialmente competitivo en su naturaleza.*

LEWIS: *Lo que quiero que entiendan claramente es que el orgullo es esencialmente competitivo; es competitivo por su propia naturaleza.*

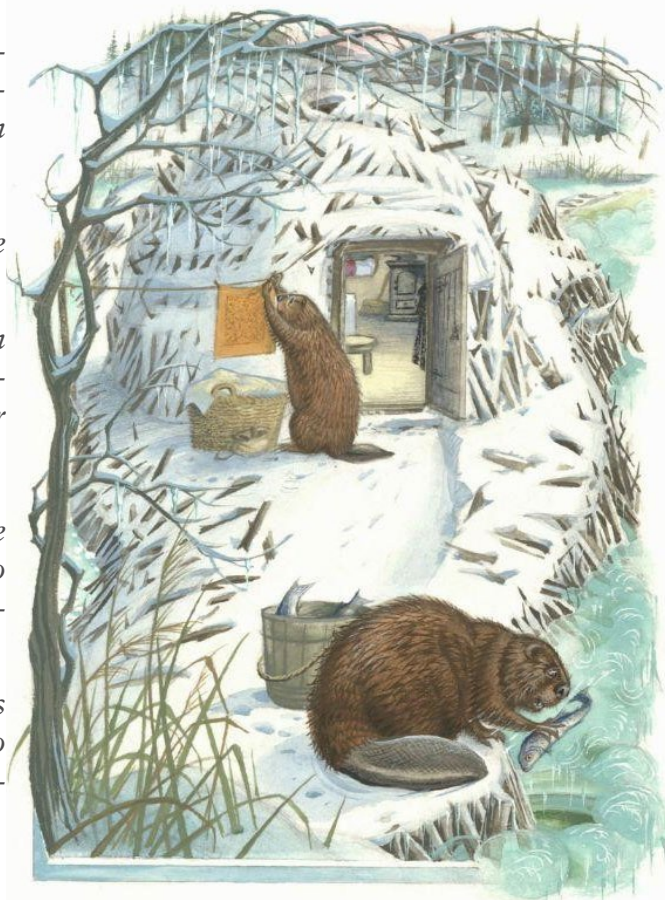
BENSON: *El orgullo es un pecado que puede fácilmente verse en los otros pero raramente admitimos en nosotros mismos.*

LEWIS: *No hay falta de la que estemos menos conscientes en nosotros. Y cuanto más la tenemos en nosotros, más nos disgusta en otros.*

De modo que, ciertamente, nuestros líderes eclesiásticos han estado utilizando por varias décadas a Lewis como una cita de autoridad por sentirlo un compañero cristiano en la ruta de la vida y porque cuando dice las cosas, las dice muy bien.

Ahora, intentando seguir el consejo de Benson y de Lewis de no ser orgulloso, permítaseme reflexionar humildemente en algunas de las cosas que yo encuentro al leer a nuestro autor.

Ilustraciones de los castores y Mr. Tumnus para *El León, la Bruja y el Armario* por Pauline Baynes.



De la nostalgia de Dios

Declara Lewis en *Mero cristianismo*, págs. 148-49:

Las criaturas no nacen con deseos a menos que exista satisfacción para esos deseos. Un bebé siente hambre: bien, existe tal cosa como comida. Un patito desea nadar: bien, existe tal cosa como el agua... Si encuentro en mí un deseo que ninguna experiencia en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui creado para otro mundo. Si ninguno de mis placeres mundanos lo satisface, eso

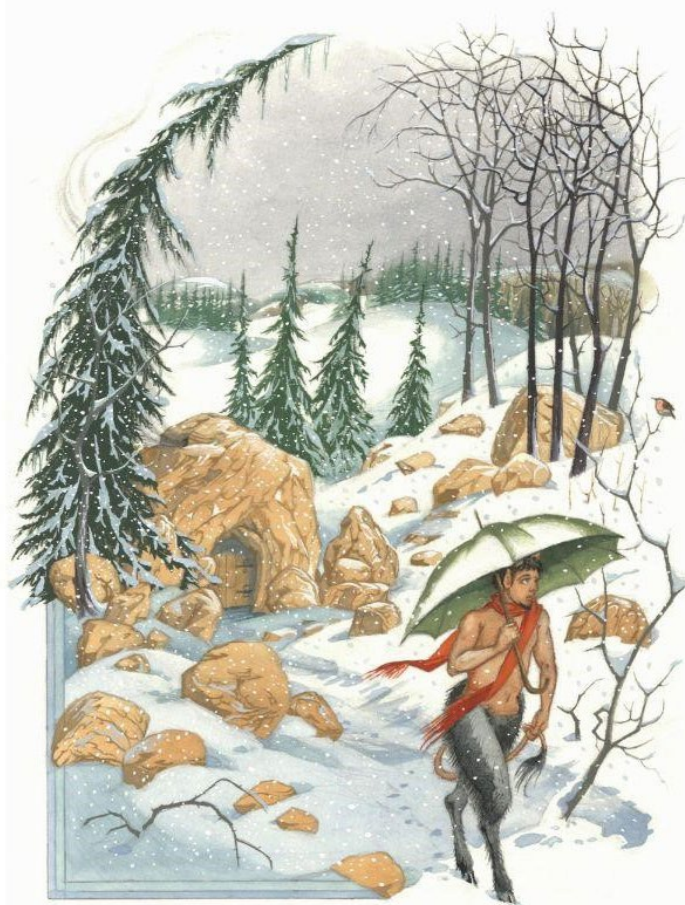
no prueba que el universo sea un fraude. Probablemente los placeres terrenales nunca fueron diseñados para satisfacerlo, sino solo para despertarlo, para sugerir la cosa verdadera... Debo mantener vivo en mí el *deseo por mi verdadero país, al cual no encontraré hasta después de la muerte*; jamás debo permitirme abrumarlo o dejarlo de lado; debo hacer el principal propósito de mi vida seguir adelante hacia ese otro país y ayudar a otros a hacerlo mismo.

El *nostos* griego es el retorno, el viaje de regreso al hogar, la familia y la patria. Es el sentimiento que guía a Odiseo en su vuelta a las amadas Itaca y Penélope a pesar de las peripecias de la travesía. El *nostos* se ha utilizado también como metáfora del transitar humano por la vida.

Lewis acudirá una y otra vez a este concepto para referirse al anhelo por una eternidad cercana a Dios en la que nuestras experiencias mortales serán exaltadas y engrandecidas.

Es posible advertirlo muy claramente en los parlamentos de Charcosombrío (Puddleglum) frente a la reina del mundo subterráneo en el capítulo 12 de *La Silla de plata*, donde Narnia representa indudablemente el reino celestial y la Tierra Inferior, nuestro propio mundo:

No sé exactamente qué queréis decir todos con eso de otro mundo —anunció, hablando como quien ha perdido el resuello—. Pero podéis tocar ese violín hasta que se os caigan los dedos, y seguiréis sin conseguir que olvide Narnia, ni todo el Mundo Superior. Jamás volveremos a



Eustace Scrubb, convertido en dragón, muestra la dificultad de aspirar a una redención si no estamos dispuestos a abandonar nuestras faltas. Ilustración de Paline Baynes.

verlo, supongo. Es probable que lo hayáis aniquilado y convertido en un lugar oscuro como éste. Nada es más probable. *Pero sé que estuve allí en una ocasión. He visto el cielo lleno de estrellas. He visto alzarse el sol desde el mar por la mañana y hundirse tras las montañas por la noche. Y lo he visto allí arriba, en el cielo del mediodía, cuando no podía mirarlo de frente debido a su resplandor.* (220)

Supongamos que sea así. Entonces todo lo que puedo decir es que, en ese caso, las cosas inventadas parecen mucho más importantes que las reales. Supongamos que este pozo negro que tenéis por reino es el único mundo. Pues lo cierto es que me resulta muy poca cosa. ¡Qué curioso! No somos más que criaturas que han inventado un juego, si es que tenéis razón; pero nuestro mundo ficticio deja en mantillas a vuestro mundo real. *Por eso voy a quedarme en ese mundo imaginario. Estoy del lado de Aslan incluso aunque no exista ningún Aslan para actuar de guía.*

Voy a vivir de forma tan parecida a la de un narniano como pueda, aunque no exista Narnia. Así pues, os doy las gracias por la cena que nos habéis ofrecido y, si estos dos caballeros y la joven dama están listos, abandonaremos vuestra corte al momento y marcharemos por la oscuridad para pasar nuestras vidas en la Tierra Superior. Sin duda nuestro tiempo no será largo, diría yo; pero eso no es una gran desgracia si el mundo es un lugar tan aburrido como decís”. (225-226)

O las sensaciones del unicornio en el capítulo 10 de *La última batalla*:

La nueva (Narnia) era un país más intenso: cada roca, flor y brizna de hierba parecían significar más. Me es imposible

describirlo mejor: si alguna vez puedes ir allí comprenderás lo que quiero decir. Fue el unicornio quien resumió lo que todos sentían. Dio una patada en el suelo con el casco delantero derecho, relinchó y luego dijo:

—¡Por fin estoy en casa! ¡Éste es mi auténtico país! Pertenezco a este lugar. Ésta es la tierra que he buscado durante toda mi vida, aunque no lo he sabido hasta hoy. El motivo por el que amaba la vieja Narnia era porque se parecía un poco a esto. ¡Bri-jiji! ¡Entremos sin miedo, subamos más!

O en *El peso de la gloria*:

La nostalgia sentida durante toda la vida, el anhelo de reunirnos en el universo con algo de lo que ahora nos sentimos separados, de estar tras la puerta vista siempre desde afuera no es, pues, mera fantasía neurótica, sino el más fiel exponente de nuestra situación real. Ser llamados a entrar supondría una gloria y un honor muy superiores a nuestros méritos, y consecuentemente, la curación de ese viejo dolor. (El peso de la gloria, 127)

La palabra *nostalgia* fue utilizada por primera vez en el siglo XVIII como un término médico, uniendo el *nostos* con *algos* (dolor) para describir la sensación agridulce de anhelo por el pasado. Ya sea que lo apliquemos a un lugar, a una época o a relaciones personales, la definición de la palabra implica haber estado allí previamente, en el tiempo o el espacio. ¿Es, pues, posible, sentir nostalgia por algo que nunca conocimos o vivimos? Los santos de los últimos días tenemos una

respuesta teológica para ello en nuestra doctrina de la preexistencia. Como hijos de Dios, vivimos previamente con Él en una familia celestial, en un ámbito celestial, junto a otros hermanos espirituales, hasta el momento de venir a la Tierra. El denominado velo de olvido impuesto a todos los que por aquí transitamos nos impide recordarlo. Pero el anhelo del retorno existe...

Por eso es que pueden resonarnos como muy propias las palabras de Lewis en *Mientras no tengamos rostro*:

Lo más dulce en toda mi vida ha sido la nostalgia – alcanzar la Montaña, hallar el lugar de donde proviene toda la belleza – mi país, el lugar donde debería haber nacido. ¿Piensan que toda esa nostalgia no significa nada? ¿El anhelo por el hogar? Pues por cierto *ahora no se siente como un ir sino como un regresar*.

¿No es claro para nosotros que al retornar a nuestro Padre no estaremos yendo sino regresando? Pero la intuición de C. S. Lewis está expresada bella y maravillosamente... ■

El texto completo de este ensayo del cual hemos compartido solo una introducción puede encontrarse en sus tres entregas en los siguientes enlaces:

[Mormosofia | Parte I](#)

[Mormosofia | Parte II](#)

[Mormosofia | Parte III](#)

PROPÓSITOS DE LA COFRADÍA DE LETRAS MORMONAS

~1~

Promover la lectura y la escritura en el ámbito de la cultura de los santos de los últimos días de habla hispana.

~2~

Detectar y hacer conocer al mayor nivel posible a los productores de textos de literatura mormona, entendiendo por tal la definición amplia de que es aquella «por, para o sobre» los pertenecientes a ese grupo cultural.

~3~

La creación de vehículos que permitan el conocimiento y la distribución por diversos medios de dicha riqueza textual.

~4~

Rescatar del pasado las manifestaciones literarias de miembros de habla hispana que han quedado olvidadas o fuera del alcance de las nuevas generaciones.

~5~

Mantener contacto con otras organizaciones de finalidades similares, sean en lengua propia o extranjera, para compartir experiencias y publicaciones.

~6~

Promover la realización de concursos, cursos o encuentros virtuales que tiendan a cumplir los propósitos hasta aquí señalados.

~7~

Estimular los trabajos de investigación, incluyendo los de nivel académico, sobre esta literatura.

~8~

Si bien la literatura es el propósito central de la Cofradía, tomar nota y hacer conocer lo que ocurre con los miembros que desarrollan otras formas de arte y promover su producción al mayor nivel posible.

~9~

Llegar a establecer modos de edición que permitan una mayor difusión y conocimiento de las obras que sean representativas de los diversos géneros literarios que esta literatura abarca.

NOVEDADES



Concurso del Mormon Lit Lab tiene finalistas en español

Este año la organización promotora de letras mormonas Mormon Lit Lab lanzó un nuevo certámen multilíngüe llamado [«La vuelta al mundo»](#) y cuatro de las doce obras finalistas se encuentran en castellano:

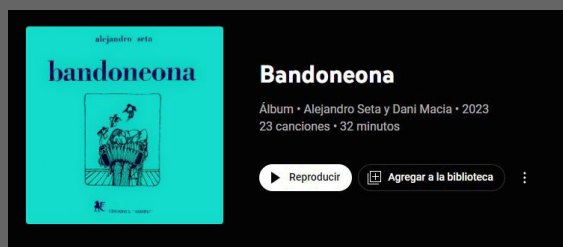
- «Calma dominical», Débora Loiza
- «De amor y de piedras», Maximiliano Martínez
- «Romance de Abinadí», Mario R. Montani
- «Galletas de Avena», Ana Ruth Enriques

Hacemos notar que estos cuatro autores fueron publicados anteriormente por la Cofradía de Letras Mormonas y, además, dos de las obras fueron publicadas inicialmente en las páginas de *El Pregonero de Deseret*: «De amor y de piedras» (6.2) y «Romance de Abinadí» (6.1).

De estas, la obra «De amor y de piedras» recibió el [segundo accésit del público](#), por lo cual felicitamos a su autor, Maximiliano Martínez. ■

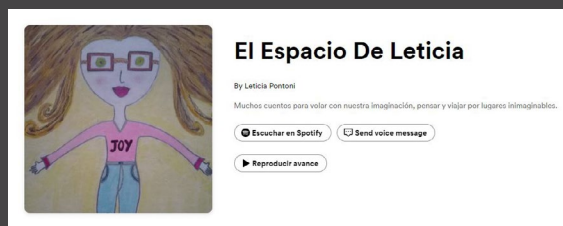
Poemas musicalizados

En 1987 la editorial Amaru publicó el plaquette *Bandoneona* del autor argentino Alejandro Seta. Ahora, en 2023, los poemas son lanzados en versión musicalizada por Dani Macia. Se puede [escuchar la poesía aquí](#). ■



Pódcast con lecturas para niños

La autora y promotora de letras Leticia Pontoni, oriunda de Argentina, ha lanzado un pódcast de literatura infantil llamado *El Espacio de Leticia*. Lo pueden seguir en Spotify o [Anchor.fm](#). ■



Poeta reconocido en Argentina

El poeta Domingo Fragapane fue finalista en la categoría Literatura de la 5a Edición de los premios FEBA Cultura. Estos galardones son otorgados a los artistas de la provincia de Buenos Aires como reconocimiento por sus aportes a la cultura. ■



CUENTOS RECIENTEMENTE PUBLICADOS



Cuento para niños

La autora argentina Rosa María Cantero ha publicado su cuento infantil «La risa perdida», una historia que evoca cuentos clásicos como «El príncipe feliz» o «Mi fiel Juan». Se encuentra disponible en versión digital en [Amazon](#). ■



Cuento de terror

El cuento «El tren», que se inscribe en el género del terror, ha sido incluido en el número inicial de la revista *La-berinto de estrellas*. La revista se puede [descargar aquí](#). ■



Cuento en español publicado por *the ARCH-HIVE*

El autor uruguayo Gabriel González ha visto publicado su cuento «γένεσις τρίπτικο» en el blog del colectivo artístico *the ARCH-HIVE*. El cuento relata una versión diferente de Génesis 1-2 en tres formas distintas: español, cómic e inglés. Se lo puede [leer aquí](#). ■

